

LA SEMANA DE MERIÑO

EN LA UNIVERSIDAD

Discurso del Académico Lic. M. de J. Troncoso de la C.

Ilustre Señor Rector:

Permitidme empezar con un recuerdo.

Era mi primera visita al cementerio del Pere La Chaise. Mis ojos iban de sepulcro en sepulcro en aquella ciudad monumental de los muertos en la gran ciudad de París. Detúveme ante uno: el de cierto antiguo oficial de la marina. En el epitafio aparecía inscrito en primera línea el nombre de éste, después el del lugar de su nacimiento, el de

la academia en donde había cursado sus estudios, la relación de su carrera, las campañas a que había asistido. En seguida tuve ante mí el de un sacerdote; luego el de un hombre rico; el de un abogado. Luego, muchos, muchos más. Cada lápida contenía una sinopsis de la vida de aquel cuyos despojos cubría. Se quería en cada caso edificar a los vivos sobre la vida y obra de esos muertos.

Así, era, y, sin embargo, ¡oh ignorancia mía de tantos que fueron! ¡oh flaca memoria! apenas se había desprendido la mirada de estas inscripciones, el recuerdo de lo que decían se había borrado de mi mente.

Continué la peregrinación. Me hallé

cerca de otros monumentos. ¿A quién pertenece aquel que allá se levanta hermoso, solemne, majestuoso; que ostenta alegorías del valor, del patriotismo, de la gloria? ¿Dónde está la inscripción que me hable de la cuna del que alberga, de sus hechos, de su muerte? Busco. No la encuentro. ¡Ah! allí, en lo alto veo unos caracteres. Leo. Dicen únicamente: NEY!. Mi corazón se levanta. Inclínase mi espíritu. ¡Ney! ¿de qué más he menester, si este solo nombre me lo está diciendo todo?

Permitidme, ahora, que en este instante en que hablo frente a vos, cumpliendo cerca de la Universidad un honrador encargo, me sirva de ese recuerdo para deciros:

—Señor: aquí vengo por la Academia Dominicana de la Historia para entregaros el retrato de MERIÑO!

¿Se necesita más para designar a aquel varón insigne, que fué ilustre de su época y es orgullo de las generaciones que le han seguido?

Meriño aquí, en este ilustre centro que él restauró, es el Rector. Mas Meriño es, también, el dominicano que en todo momento de su vida acendró un amor profundo al lar nativo, que no se avergonzó nunca de su tierra por la pequeñez, pobreza y desgracias de ésta, que nunca halló impropicio para él el ambiente dominicano, que disfrutando de provechosas posiciones en el extranjero las abandonó tan pronto como desaparecieron las circunstancias que lo mantenían alejado del suelo de la Patria; Meriño es el patriota que, cuando sabe de las maniobras que se están urdiendo en la sombra contra la soberanía e independencia dominicana, se yergue frente al hombre que las dirige, el mismo hombre que desde las alturas del Poder lo colmaba de honores y distinciones, y lo denuncia a la faz del pueblo dominicano; que más tarde trama una maquinación atrevida para frustrar el plan de reincorporación a España; que solicitado después de realizada la obra patricida para una alta jerarquía en el clero español la rehusa por considerarla inconciliable con sus deberes patrióticos; que suma todos sus esfuerzos para contribuir a la reconquista de la independencia; que amenazada la dignidad de la República se sitúa en primera fila en la protesta; Meriño es el sacerdote que anida en su corazón una fe ardiente en Jesu-Cristo; que no tiene nada suyo, porque cuanto ingresa en su patrimonio se halla comprometido de antemano en una destinación para los menesterosos; que jamás convierte en oficio su santo ministerio; Meriño es el maestro que ejerce su noble apostolado sobre varias generaciones por vocación de su espíritu; que forma legiones de discípulos de los cuales muchos fueron y son timbre de la sociedad dominicana en todos sus actividades; Meriño es el orador que se-

ñorea todas las cimas, que en la cátedra del Espíritu Santo eleva hasta el Supremo Creador las almas, en la tribuna pública levanta las multitudes, en la tribuna parlamentaria establece un dominio supremo sobre las asambleas; Meriño es el político siempre de altura; que conserva intacta en no importa qué momento su personalidad preclara; que comparece arrogante cuantas veces es necesario, sin aprovechar las ocasiones fáciles; que señala el continuismo como fuente fecunda de desgracias, y ratifica desde el Gobierno con hechos la convicción en que decía haber afirmado su palabra; Meriño es el gobernante que administra ejemplarmente, que dedica sus mayores esfuerzos a la difusión de la enseñanza pública, que pone sus mejores empeños en el desarrollo de las fuerzas vivas del país; que al descender de la Presidencia de la República es acreedor del Fisco porque no había querido aceptar el pago de sus últimos emolumentos, sabiendo que los ingresos en las arcas públicas no habían alcanzado para satisfacer los de todos los servidores del Estado; Meriño es el obispo que se consagra por entero a su iglesia y a su grey, que se aparta desde el instante de su postulación de cualquier actividad con que no le sea dable mantenerse como un padre a igual distancia de todos sus hijos; que sometido a duras pruebas se alza magnífico, imponente, contra los que vejan su ancianidad y su jerarquía. Meriño es, en suma, el hombre que puede llenar entre nosotros con su nombre una época; que debiendo a la nación sus singulares cualidades las pone en ejercicio cuantas veces es necesario, confiado en sí mismo, sin arredrarse por la perspectiva del mal suceso, sin reservas mentales de lucro de ningún linaje; que en tierra dominicana es, por eso mismo, espécimen de conciencias elevadas, de virilidad, de vida vivida en el servicio de todas las causas nobles.

Cuando la Academia Dominicana de la Historia ha decidido, señor Rector, hacer a la Universidad este presente, fruto del talento genial de ese artista, ahora vencido por la muerte, que fué entre nosotros hasta hace unos días el primer elegido entre los pocos llamados del pincel, ha querido con ello contribuir a la realización del acuerdo de este ilustre centro de formar su galería de rectores; mas no ha sido sólo al Rector a quien en sus deliberaciones tuvo en mientes, sino a Meriño todo, a Meriño el hombre, con cuyas obras edificantes se inclina la balanza en el juicio de la posteridad y cuyo natalicio, en su primer centenario, conmemora en estos días el pueblo dominicano.

En vuestras manos, Rector y Maestro, en vuestras manos venerables lo pongo.

Que sea prenda ese retrato de que seguirá gobernando por siempre esta Universidad el espíritu dominicano del patriota, maestro.